



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Mariano de Larra.)



—A este escenario han salido muchos actores y buenos, y desde que yo he venido no se les echa de menos.

SUMARIO

TEATRO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Las cotorras, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clarín.—Memendancia, por Sinesio Delgado.—El precio de la virtud, por Luis de Ansorena.—El Movimiento, por Eduardo de Palacio.—La roncalesa, por Fiacro Yrázoz.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Mariano de Larra.—Las víctimas.—Dos de Mayo (cuatro viñetas).—Decadencia de la raza.—La fiesta del trabajo, por Cilla.



DE TODO UN POCO

¡Cielos! Han salido para provincias gran número de compañías de verso, de zarzuela y hasta de ópera barata.

La calle de Sevilla ha quedado sin actores, pues todos cobran ó piensan cobrar, unos en Madrid y otros fuera.

Hasta Mucientes, un característico cárdeno, que se pasaba la

existencia pegado á la pared junto á la tienda de Pellico, ha tenido cabida en un coliseo de los mejores como *otro primer actor* y ya no murmura ni habla de la decadencia del arte.

El que quisiera saber cómo es el teatro por dentro, no tenía más que dirigirse á Mucientes y decirle:

—Pero, hombre, ¿á usted nunca le contratan?

—¿Sabe usted por qué?—exclamaba Mucientes.—Porque no quiero adular á nadie. El teatro está perdido y hoy sólo tienen contrata cuatro viles aduladores. Yo no me doblego ni me rebajo; á mí como no se me dé un puesto de primer barba, que es lo que he sido toda mi vida en el Alto Aragón y parte de Cataluña, no quiero formar en ninguna compañía. Mi señora como dama de carácter y yo como barba: eso es lo decoroso, y *si non, non*, como dicen en *El trapero de Madrid*.

—Eso no es del *Trapero*.

—Bueno; de donde sea.

Mucientes solía pasearse furioso y prorrumpir en dennesos cuando acertaba á pasar por la calle de Sevilla algún actor contratado.

—¡Ahí va ese tipo!—murmuraba con desprecio.—Y decir que ese hombre gana tres duros!... ¡Un actor que no acciona más que de medio cuerpo para arriba y no sabe lanzar una carcajada histórica!

Cuando estaba en una de éstas fué á decirle un agente teatral:

—¿Quiere usted ganar treinta reales y medio y un beneficio figurado?

—No me ofenda usted, D. Jerónimo. ¡Treinta reales á mí! ¿Á Mucientes?—exclamó el primer barba llevándose las manos á la cabeza.

—Bueno, no hay nada perdido.

—Pero póngase usted en razón. Yo menos de treinta y uno no me contrato.

El de la agencia sumantó el medio real, y hoy Mucientes ensaya en Albacete *Los perros del Monte de San Bernardo*, y está dispuesto á hacer todo lo que se le manda, aunque sea de perro.

Teatros no faltan, gracias á Dios; lo que faltará pronto será público, y eso que todavía no funcionan las Cortes, pues sabido es que hay personas que, si habian de ir al teatro á ver una comedia regocijada, se meten en el Congreso y les sale la misma cuenta.

—Con ese Congreso no hay competencia posible—me decía un empresario.—Y el público tiene razón, porque Mario, por ejemplo, es un buen característico, pero ¿donde está D. Antonio CÁ NOTAS!

También es cierto que se ha acabado la temporada y no hemos tenido ninguna obra importante.

Anuncióse un drama trascendental y que venia á romper los «antiguos moldes», como dicen los críticos nuevos.

Los actores andaban por ahí diciendo en confianza:

—¡Oh, qué obra! ¡Qué prodigio de obra! Hay una escena en el acto segundo que va á alborotar. La dama, que aborrece á su marido, decide casarlo por segunda vez con una vecina suya, sin que él lo note, y lo casa al fin, valiéndose de documentos falsos y de un cura apócrifo que se deja comprar por veintiocho reales. ¡Qué obra, qué procedimientos tan originales y tan nuevos!

Llegó el día de la representación, y el de los moldes nuevos tuvo que huir por la puerta del escenario, pues le perseguían varios espectadores con ánimo de faltarle.

Las comedias son como las mujeres: ¡dan cada petardo!

Las mujeres y los toros, pues también ha ocurrido muchas veces el caso de «conocer» á un toro en la dehesa, suponerle dotado de gran energía física y verle después en la plaza hecho un cabrito sensible.

En cambio hay toros que se pasan la vida paciéndose tranquilamente, con el rabo caído y los ojos tristes. Llegan después á la plaza y no hay Dios que se les acerque.

Con motivo de la feria de Sevilla se ha hablado mucho de un toro de Muruve, cariñoso como una patrona y tranquilo como un guardia de orden público, que se dejaba acariciar por cuantas personas iban á la dehesa. Pues bien, el toro fué lidiado en la plaza, y efectivamente, resultó, como dicen los aficionados, una verdadera *mona*.

Otros toros ha habido, mansos al parecer, y en llegando á la plaza se volvieron fieras indomables.

—Yo conocí un toro de Colmenar—me decía cierto aficionado—que se prestaba á todo. Era un animal que se sentaba en la dehesa, al lado del vaquero, y se ponía á lamerle la chaqueta y á soplarle en la nariz con el mayor cariño. Solo le faltaba hablar, pero todo lo entendía perfectamente, y al decirle, por ejemplo: «Pajarito, dame la patita», la daba; y cuando el vaquero quería saber si tenía ocupación de estómago, le decía: «Pajarito, saca la lengua», y la sacaba. Pues bien, Pajarito fué lidiado aquí el año 61 y lo primero que hizo fué coger á un banderillero y mandarlo de una cornada á la meseta del toril; después mató cinco caballos, y por último cogió á un arenero y lo hizo cisco.

Hay que convencerse de que á las hembras, los dramas, los toros y los pimientos en lata sólo se les conoce después de probarlos.

Luis Taboada.

*

Las cotorras.

Eran Bernabé Quiñones y Tomás Quevedo y Puente dos andaluces guasones que asombraban á la gente por sus exageraciones.

De uno y otro caporal tuve á la vez la visita, y supe que cada cual tenía una cotorrita de mérito colosal.

Cada uno con gran calor ponderaba á su cotorrita, y por cuál era mejor armaron una camorra de las de marca mayor.

Ya los dos fuera de sí y echando bolas allí del modo más espantoso, este diálogo curioso mantuvieron ante mí:

—Yo de mi cotorrita puedo afirmar (dijo Quevedo) que no solamente habla, sino que sabe la tabla de sumar y resta el credo.

—La mía es más singular (dijo el otro), ¿no ha de ser? ¡Si sabe profetizar, y anuncia sin vacilar el día que va á llover!

—Pues la mía es un bichejo de mérito extraordinario. Su repertorio es complejo y sabe imitar á Mario y á Cánovas y á Mesejo, y á Moret y á Carvajal. En fin, es su instinto tal que ha conseguido aprender un discurso de Perier tomado del natural.

—¿Tal como él lo pronunció?

—Le aseguro á usted que sí, aunque ella no se movió de la jaula donde yo la tengo encerrada aquí.

—¿De la mía es la victorial? Sabe historia y canta misa, y cuando algo de la historia se le va de la memoria, no se apura, lo improvisa.

Un embuste tan forzado pareció á Tomás aquello, que apenas lo hubo escuchado cortó á Bernabé el resuello, diciéndole amostazado:

—No lo niego, Bernabé. Su cotarra es por be sabrá... la Biblia quizás; pero la mía es de más mérito que la de usted;

porque la muy condenada repite cuanto se ha escrito, como aquel que no hace nada, y eso que está disecada debajo de un falsito!

No supo qué replicar al otro para ganar á su contrario á mentir... y nada han vuelto á decir respecto al particular.

Juan Pérez Zúñiga.

LAS VÍCTIMAS



—¡Vaya un día! ¡Cuatro horas al sol en su lugar descansen! Gracias á que la Venancia me ha guardado este puro pa completar la gala...

PALIQUE

Sr. D. Silverio de la Torre.

Muy estimado señor mío: Perdóneme si, por ahorar tiempo y trabajo, le escribo á usted por conducto de MADRID CÓMICO. Nada tengo que decirle que no pueda leer el público; y, de este modo, cumplo con usted y con mi obligación de redactor, á un tiempo.

No crea usted que, porque tardo, renuncio á cumplir lo ofrecido. Le enviaré todo lo convenido, si, como creo, usted continúa siendo propietario de la *Revista Moderna*.

Pero, francamente, sería para mí un placer que cuando volviera á colaborar en su revista, ya no estuviese encargado de la crónica semanal ese Sr. Navarro Ledesma, que le está echando á perder el periódico con sus pedanterías, como ya estropeó el *Gedeón* con una campaña de jesuita lego.

Al lector de revistas como la de usted le gusta que el cronista de la semana sea mozo listo, gracioso, y que en vez de darse tono con palabrejas rebuscadas y con filosofías cursis, hable de los asuntos que en efecto han llamado la atención y son interesantes.

Pero el muchacho que usted tiene encargado de enseñar el *retablo* es como el de maese Pedro, y se mete en dibujos, por lo cual hay que decirle: «Niño, niño, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas ó trasversales...»

Y lo peor es que el tal Calínez cuando más empujorotado se cree en las cumbres de la sabiduría, suele equivocarse de medio á medio.

Es cosa, machacón, pedante y un solemne ignorante, como

va usted á ver por algunos ejemplos, que tomo de las dos últimas crónicas que ha publicado en la *Revista Moderna*.

Hablan otros de *caminos trillados*, pero esto le parece muy trillado á N. Ledesma (o J. H.) y él dice: Caminos trajinados. Trajinar es acarrear ó llevar géneros de un lugar á otro; ó andar y tornar de un sitio á otro con cualquier diligencia; de modo que lo trajinado es lo traído y llevado, no el camino por donde se lleva. Una mercancía que ha ido y venido mucho, v. gr., estará muy trajinada, pero el camino no está nada traído ni llevado!

«Ni la contemplación extática es propia de estos tiempos dinámicos».

Así dice Calínez, queriendo jugar con el vocablo, y opone los tiempos *dinámicos* á la *extática*. Pero es que olvida que una cosa es *extática*, y otra *estática*. Lo extático es lo contrario de estático, gramaticalmente, pues la partícula *ex*, como dice bien la Academia, es ahí privativa.

El bueno de Ledesma necesita repetir los temas de sus comentarios, porque no se le ocurre nada nuevo. Hace pocos días defendía la belleza de las corridas de toros, y ahora vuelve á lo mismo, creyéndose muy original, y muy castizo y hasta filosóficamente flamenco. Y se hace un lío y dice una porción de desatinos, y se contradice, como vamos á ver.

Empieza diciendo que los toros son una diversión *helenica*, lo cual es una atrocidad que no necesita comentarios. Recomienda los toros porque demuestran el vigor de la raza, porque facilitan la acción, y nos sacan del *afeminamiento del espíritu*, etc., etc. es decir, procura hacernos ver que los toros son convenientes, cosa útil para el pueblo español... y después, muy fresco, añade que no hay cosa más *inútil*, más *improductiva* que las corridas de toros. Y acaba de decir que á ellas van muchos á buscar el pan. De modo que no sabe lo que se dice.

Pero ahora va el pedante... ignoración á meter una extremidad abdominal:

«En el arte del toreo es donde se advierte la verdadera *finalidad sin fin* de que hablaba Hegel.»

No era Hegel, seor pedante, era Kant. Fué Kant quien muchos años antes de que se publicara la *Estética* de Hegel, habló en su *Crítica del juicio* de lo bello que es, según él, «la forma de la finalidad sin la idea de un fin.»

Esto puede leerlo Navarro hasta en la misma *Estética* de Hegel (traducción francesa de Renard). Pero bien se ve que ni ha leído á Hegel ni á Kant.

El que no sabe cosa tan corriente, que Kant es el que habló primero de la *finalidad sin fin* de lo bello, teoría que sirve de base á la del *juego artístico*, desenvuelta con tanta elocuencia por Schiller; el que no sabe cosa tan... trajinada, cómo se mete á crítico de artes y habla de *Tiépolos* y *Murillos*?

Que un cronista, un revisero de *semanas* no sepa de estas cosas, puede pasar. Pero que un pedante, para hablar de la *primera de abono*, se meta en *finalidades* de once varas y atribuya á Hegel teorías estéticas de Kant... eso sí que es intrajinable.

Usted, Sr. La Torre, que es hombre de buen juicio, ¿no deduce de todo esto que es ridículo mantener un revisero que se las echa de filósofo hablando de toros, y demuestra grandísima ignorancia; y que confunde la extática con la estática, y habla de la *inconsciencia* de los artistas del toreo?

¿Habrá cosa menos *torera* que un D. Hermógenes, que no sabe griego, vestido con toga... y enseñando la coleta?

Después de la *suerte* de Hegel y Kant ya no tiene gracia pararse á recordar que Calínez dice que las flores brotan «á beneficio» del sol, cuando quiere decir *por beneficio*; y no hay para qué detenerse á considerar las apretadas *macollas* del trigo, ni la *hosca funebriedad* del invierno. Tú sí que eres fúnebre, Calínez; un payaso fúnebre, *macabro*, como diría quien yo me sé.

No hay para qué seguir citando dislates. Lo peor es la pedantería sosa, la *funebriedad hosca* de ese melocotón invernal, que usted, Sr. La Torre, tiene encargado de la crónica semanal.

Prescinda usted de sus ficos servicios, y déjelo; como le irán dejando en todas partes, hasta que tenga que refugiarse en Deusto ó en Loyola, en calidad de hermano cocinero ó encargado del *planchado* de albas y roquetes.

En León, en San Marcos, cuando estaban allí los jesuitas, conoció yo un *hermano* que planchaba la ropa blanca de los *Padres* divinamente.

Y le llamaban *La Monja*.

Pues en eso parará Calínez. En ser la *Monja* en alguna casa de la Orden. A. M. D. G.

Clarin.

Menudencia.

El Tribunal Supremo esta semana dice que ha absuelto al marqués de Cabriñana.

Yo supongo que, vista la sentencia,

que viene á demostrar su incompetencia, presentarán la dimisión al punto todos los magistrados de la Audiencia, que se han equivocado en el asunto.

Sinero Dolgado.

DOS DE MAYO



—Yo creo que lo mejor pa solemnizar un día como éste era hacer lo que le he dicho a Pifanio. Entrar en casa del francés de la calle Mayor y limpiarle la cómoda... Así pué que se desagraviaran las vitimas.

—¿Quiere usted compañía para la mise de campaña, joven?
 —Gracias, voy bien sola.
 —Pero mire usted que hay muchas apreturas, y... más vale que nos achuchen á los dos á un tiempo.



—«Heróica defensa del parque»... ¡Y pensar que si el año 8 no se hubieran portado como se portaron los españoles esta tarde no hubiera yo podido ir á la corrida!



—Yo creo que debía suprimirse la procesión, porque molesta á nuestros vecinos y luego se vengan de los que vamos á Biarritz poniéndonos los francos á 20.

El precio de la virtud.

I

Como era tan inocente,
aún ignoraba Asunción
que en toda humana pasión
hay la fuerza de un torrente,
que ruge en la obscuridad
é instante propicio espera
para romper la barrera
que pone la voluntad.
Y, aunque con afán quería
á un hombre que la adoraba,
limpio de sombras estaba
su espíritu todavía,
y su cuerpo encantador
no sentía la inquietud
que, á veces, en la virtud
ve un obstáculo al amor.
Pero él, menos santo, un día,
llevado de un ansia loca,
dió un beso en aquella boca
que rezaba todavía;
y la inocente Asunción,
con una angustia sin nombre,
apartose de aquel hombre
trémula de indignación.
Y—¡Nunca le dijo airada.
¡No puedo amar de ese modo!
¡Pídeselo al alma todo!
¡No pidas al cuerpo nada!

II

Ante tan fuerte rigor
quedó el galán mustio y frío,
y, tomando por desvío
lo que sólo era pudor,
—¡A mi corazón invoco,
pensó, después de un momento...
¡Yo, que siento mucho, siento
que esa mujer me ama poco!
Y beso al que se contesta
con tan extraña altivez,
se vuelve al alma otra vez
como en señal de protesta.
Ya á su virtud la concedo
que venza en esta porfía,
¡porque una mujer tan fría
le da al amor mucho miedo!

III

Á las puertas de la muerte
así, con honda aflicción,
dijo la pobre Asunción
quejándose de su suerte:
—Perdí el amor... la salud,
la esperanza... la alegría...
¡Yo te busqué como guía
y tú me matas, virtud!
Puros son tus ideales;
no dudo de tu valor...
Pero, costando un amor,
cuestas más de lo que vales.

Luis de Ansorena.

Decadencia de la raza.



—¡Vaya una juventud la del día, rediez! Con claveles en el ojal y perfumes en el pañuelo... Si los franceses volvieran á atacar á Madrid, tendríamos que entregar los fusiles á las mujeres...

El Movimiento.

«El Movimiento» lo mismo puede ser el título de una fábrica, que de un baile público, que de una sociedad dramática, que de un restaurant de esos de seis ó siete platos, con trufas, en cubierto de dos pesetas, que de una empresa de carros de mudanza, que de una funeraria romántico-filosófica.

«¡Ande el movimiento!»—frase bárbaramente mercantil—parece un grito de rebelión contra todo lo que no es movimiento.

Pero es simplemente una majadería.

El movimiento literario es insignificante en nuestro país.

Apenas salen á luz alguna novela de Pereda, ó de Pérez Galdós, ó de Palacio Valdés, ó de Valera, y tal cual exabrupto por entregas, digno del clavo misterioso destinado á la cueiga de papeles útiles para el servicio doméstico.

Movimiento artístico no falta.

Hay mucha gente que pinta y aun mucha más que nada pinta y muchísimos pintas.

Esto de pintas pertenece al vocabulario pintoresco en uso entre las personas «despreocupás».

Quedamos en que hay quien pinta alguna cosita y en que hay quien «se hace muñecos»—también estilo popular libre de enseñanza.

Pero en lo que más se nota el movimiento es en el arte escénico.

Movimiento uniformemente acelerado ó desbocado.

¿Qué pueblo medio decente no cuenta con un teatro, cuando menos, para las necesidades locales?—entiéndase «literario-lírico-teatral y bailables».

Un teatro donde puedan cechar el Tenorio las cuadrillas de tulsianes ó de plateados que recorren el país, siempre en pos de un ideal levantado: la manutención indispensable y casi indecorosamente y la gloria póstuma.

En temporadas en que sólo se da don Juan Tenorio, y la faldá de percal planchú y otras obras del repertorio «de abajos».

Mucho se ha escrito referente á los cómicos ambulantes, desde don Quijote hasta nuestras noches.

Pero siempre hay más allá.

Hoy no viajan en carros y galeras como los que halló el ingenioso manchego en su camino.

Viajan en ferrocarril, bien sea en tercera, bien en furgón, como vino hace poco de América del Sur una cuadrilla, también artístico-dramática española: una cuadrilla de toreros, con matador y todo lo necesario, menos dinero.

Desde el Nuevo al mundo Viejo, á nado, y desde Cádiz á Madrid, en un furgón, considerados como cabezas de ganado lanar.

—¡Toreros merinos!— como les decía un compañero que los vio bajar en la estación del Mediodía.

Los actores, ya dramáticos, ya líricos, ya «sugestionados», viajan también como permiten las circunstancias.

Pero no van acompañados por la Guardia civil, por mal que queden en alguna población, como suele ocurrir á los infelices voluntarios novilleros.

En pocos años se ha dignificado la clase de artistas viandantes y movilizables.

Como que ya se ha sentado en el Congreso alguno del «ejercicio».

En los escaños, por supuesto, que en la tribuna pública ó en la plaza de las Cortes se han sentado varios.

Verdad es que era aquél un ser extraordinario y superior, por su fácil palabra y por su figura.

Parecía la mitad de un hombre, cortado á lo largo: una sección de «primer actor» por A. B.

¿Y hablar? Su lengua no era tal, sino un despertador.

¡Qué manera de zurcir palabras!

Hombre de grandes alientos, no por cuanto fuera capaz de acometer, sino porque lo era. Se pasaría un trimestre sin cerrar la boca, echando verso y prosa, sin que hubiera quien pudiese contener aquella hemorragia de palabras.

Para matarle los fuegos solían soltarle á la característica, en una compañía dirigida por él.

Pero acababan mal siempre, por incontinencia de charlatanería.

—Es usted una cotorra embriagada—gritaba él indignado.—No deja meter baza esta mujer.

—Y usted un loro en el delirio—replicaba ella sin poder dominarse y jugándose la contrata quizás.

¡Qué orador aquel y qué hombre... político, si hubiera cuaja do!» como vulgarmente se dice.

Por aquel entonces hubo un movimiento: se pronunciaron algunas tropas.

Llegó á noticias del primer actor susodicho, y como los sublevados entraran en el pueblo donde funcionaban el primer actor y su gente, se presentó al jefe, que era un general.

—Mi general—dijo, cuando logró hablar con el jefe del movimiento militar,—vengo á ponerme á las órdenes de vuestro con mi compañía.

—¿Infantería ó caballería?—preguntó el general.

—Señor...

—¿Supongo que será usted capitán?

—No, señor.

—¿Pues qué?

—Soy primer actor y director de la compañía dramática que funciona en el teatro de esta localidad.

El general no pudo contener la risa.

Como programa no se formulará otro tan simpático, para los actores y para las empresas, como el de aquel caudillo valeroso, orador «el más sonoro» como el canario del cantar, y economista de primera necesidad:

Los puntos culminantes del programa eran: la abolición de los derechos de propiedad literaria, el aumento «gradual, pero expresivo» de sueldos á los artistas líricos y á los «de verso»; particularmente «á él»: supresión de empresas, teatro libre... de ingresos, pero costado por el gobierno; pensiones, orfandades, viudedades, cesantías, jubilaciones, dotes, redención de quintas, y «otros emolumentos», según el programa citado.

¡Infeliz! Sucumbió en la lucha por la existencia.

Fue de los vencidos.

Y por fin murió—como dice un novelista de los más impertinentes y cuentista y articulista de los más fecundos y de los más cursis y de los más imbéciles.

Murió á consecuencia de un drama.

Se obstinó en «hacer» *O locura ó santidad*, no recuerdo en qué capital, y desde el teatro tuvieron que llevárselo loco á su casa y haciendo cabriolas.

Que si él cuaja, hubiera sido el redentor de las clases teatrales obreras.

Eduardo de Palascu.

*

La roncalesa.

Escena 5.^a (1)

ROSA Y FERMÍN

FERM. Pues, señor, no está en su casa.

ROSA. ¿Eh? ¿Fermín! ¿Qué haces aquí?

FERM. ¡Rosita! Buscáste.

ROSA. ¿Á mi?

FERM. Es natural.

ROSA. ¿Pues qué pasa?

FERM. Que me aboga la impaciencia y estoy loco de alegría al pensar que es hoy el día más feliz de mi existencia.

Que tenía yo razón anunciando el porvenir; que no te has de arrepentir de haber hecho esta elección; que seremos muy felices, que de ti no me separo...

ROSA. Chico, chico... ó me hablas claro, ó no entiendo lo que dices.

FERM. ¿Conque no?

ROSA. Claro que no.

FERM. ¡Anda y no finjas desdenes!

¡Pues si me *costa* que tienes tantas ganas como yo!

ROSA. ¿Ganas de qué?

FERM. ¡Jel... ¡jel... ¡Rosal...

ROSA. Pero ¿de qué?

FERM. Pues... de fiesta.

(La *verdad* es que es la respuesta bastante *difícil*.)

ROSA. ¿Qué dices que no te entiendo?

FERM. Que tu carta recibí, y que en cuanto la leí vine á la cita corriendo.

ROSA. ¿Mi carta?

FERM. La que has mandado para mí.

ROSA. ¿Yo?

FERM. ¡Claro está!

ROSA. Si yo no sé... ¡jal jal jal!

¡Ay, Fermín! Te han engañado.

FERM. ¿Qué dices?

ROSA. Lo que oyes, ¡Toma,

y que no son embusteros!... Eso es que tus compañeros te han preparado esta broma. Quisieron reírse así y, como eres un bendito, por lo visto, la han escrito para burlarse de ti.

FERM. ¿De veras?

ROSA. Como lo digo.

FERM. ¡Qué vergüenza!... ¡Me da ira!

¿Es decir que era mentira?

¿Que no te casas conmigo?

(Llorando.)

¡Y yo que me hice ilusiones y creí cosa segura que nos iba á echar el cura muy pronto las bendiciones!...

ROSA. No me caso, la verdad, porque así quiero seguir.

A mí me gusta vivir en completa libertad.

FERM. Todo eso es una simpleza. Yo, en tu caso, de repente, me casaba, solamente por darte en la cabeza.

ROSA. Pues, nada, no me decido.

FERM. Eso ya es una manía.

Lo que á ti te convenia

era tener un marido.

ROSA. ¡A otro can con ese hueso!...

¿Un marido?... ¿Para qué?

FERM. ¡Hombre... para lo que se acostumbra á tener eso,

.....

ROSA. Tú eres pobre y yo también

porque así lo quiso Dios,

conque unámonos los dos...

¡y magnífico sostén!

FERM. Si eres tan desconfiada...

ROSA. Toda la vida lo he sido.

¿Yo tu esposa... y tú el marido?

No podemos hacer nada.

FERM. ¿Cómo que no?

ROSA. No podemos.

FERM. Eso de que no podamos...

Por de pronto nos casamos,

y después ya lo veremos.

ROSA. No seas terco, Fermín.

FERM. Si es por tí por quien lo soy.

Comprende, Rosa, que estoy

pasando las de Cain.

Siento aquí como una argolla

que me pones por castigo.

(Llorando.)

¡Yo me contento contigo!

ROSA. Conmigo... ¿y pan y cebolla?

FERM. Eso, y si es mucho...

ROSA. ¿Qué aún!

(1) De la zarzuela estrenada recientemente, con este título, en el Teatro de Apolo.

La fiesta del trabajo.



—Los burgueses no nos harán caso, pero yo pienso seguir toa la vida pidiendo los tres ochos: ocho horas de trabajo, ocho mujeres pa cada uno y ocho toros en cada corrida.

FERM. Aún con menos.
 ROSA. ¡Dale boia!
 FERM. (*Suplicando.*) ¡Pan solol... ¡Cebolla solal...
 ¡Pues ni cebolla ni pan!
 ROSA. Anda, cuida del ganado
 y no pienses más en mí.
 FERM. Pero qué, ¿te marchas?
 ROSA. Sí.
 FERM. ¿Y me dejas desairado?
 ¡Rosal!
 ROSA. No seas chiquillo.
 Adiós.
 FERM. (*¡Se va tan serena!*)
 ¡Rosal! (*¿Me muero de pena!*)
 ROSA. (*¡Pobrecillo! ¡pobrecillo!*)

Fuero Tráyyoz.

CHISMES Y CUENTOS.

Yo no sé si anda por aquí ó por Budapest el señor director general de Comunicaciones, y siento no saberlo porque tenía que decirle una cosa... Aunque bien mirado importa poco, porque la cosa es la de siempre. Que todas las semanas se pierden paquetes destinados á los correspondientes y ejemplares sueltos dirigidos á los suscriptores. Como ahora ya no se trata únicamente de la colección del periódico, si que también de la colección de los suplementos, el perjuicio para la Administración y los abonados es doble. Pero... ¡pues no estoy tomando en serio el asunto! ¡Ni que fuera una co-dorniz sencillal
 ¡Ya sé que no hay quien lo remedie!

Ha sido indultado, ó va á serlo de un momento á otro, el distinguido cabecilla cubano Sr. Cepero, de quien recordarían ustedes que con un arrojo sin límites, y con un heroísmo á que no nos tienen acostumbrados los insurrectos, macheteó en Mal Tiempo á setenta y tantos soldados españoles, y se entretuvo después en cortar las manos á un médico militar que cayó en poder de su valiente partida.

En esto se demuestra una vez más el espíritu de justicia de nuestro Gobierno, que hasta en el enemigo reconoce y premia las acciones nobles y levantadas.

Pero, en mi humilde opinión, se ha quedado corto.

No ha debido concretarse á indultar al héroe: ha debido además concederle la cruz laureada y entregarle unas cuantas docenas de quintos para que los hiciera pedacitos pequeños.

Se está acabando la época de la seca.

Va á empezar la de las lluvias.

Preparemos, pues, algunos centenares de millones y pidamos á Dios que la guerra se acabe el año próximo.

Que sí se acabará. Porque Máximo Gómez sigue tan achacoso y tan valetudinario como siempre.

Vaya, menos mal que á la casa Ansaldo no la salió bien la cuenta en aquello de los obsequios á los periodistas españoles.

Al contrario, á quien únicamente parece que ha convidado á almorzar es al ministro de Marina, que no tiene pero alguno que oponer al cumplimiento del contrato.

¿Que había que entregar un buque en tal fecha y no se entrega? Bueno.

¿Que los cañones son así ó así? Perfectamente.

Pero los periódicos no se acuerdan ya de los banquetes opíparos y se permiten cuantas observaciones les sugiere su ardiente fantasía.

Y esto ¡qué demonio! honra á la clase.

Porque bueno es que vaya cundiendo la noticia de que no vendemos la primogenitura por un plato de lentejas.

Los generales siguen abandonando la campaña, cuando se les antoja y volviendo á la Península por enfermos, ó por cansados, ó para asuntos particulares.

Se da el caso (los casos, porque ya son incalculables) de que en cuanto uno se distingue en Cuba ó Filipinas por su valor ó por su inteligencia ó por su suerte, ya le entra cómoda por volver á su hogar tranquilo.

Y el Gobierno, que peca de fino en este asunto, se apresura á complacerle, dándose que con mil amores...

Lo malo es que esta cortesía no se extiende hasta los soldados, que no sólo no vuelven cuando quieren, sino que ni siquiera los traen cuando lo necesitan.

Amigo, la disciplina tiene unas exigencias...

Especialmente la disciplina referente á la gente menuda...

Los turcos siguen aranzando sobre Atenas.

Se realiza, pues, con toda felicidad el supuesto táctico de que los más venzan á los menos.

Y una vez conseguida, con beneplácito de las grandes potencias, la definitiva victoria, podrán los apreciables mahometanos continuar dedicándose á la matanza de armenios y á la compra y venta de mujeres.

¡Todo con tal de que no falle el supuesto táctico!

* CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El tío Barandales.—El último verso es largo. Cortándole un poco serviría la composición... para el álbum del objeto amado.

Caña.—No se entiende la idea. ¿El sistema homeopático del amor con-

siste en querer á una mujer para olvidar á otra? ¡Porra! ¿Y si no se puede?

Calaver.—De las otras dos lo mismo que de ésta: nada.

Sr. D. P. C.—Siento no poder complacerle, pero todo es bastante mediano, y muy incorrecto en la forma.

Dar-Kind.—Opino lo contrario que usted. Siga de mancocho y déjese de poesías. Más vale hacer píldoras secundum artem que meterse en composiciones de once versos.

El pampango.—Me va pareciendo

demasiado broma.

¿Y aún sigue el poema?

¡Pa largo lo toma!

¿Cuál?—Gracias por todo. Que *sague* usted sobresaliente y que tenga mayor for una cuando vuelva á la carga.

Petoquilla.—¡Caramba! Pero... usted mismo comprenderá que ni á un recién nacido se le puede pedir mayor inocencia.

Un misántropo.—Sacrilégio precisamente no, pero muy mediana sí es.

El de Carrión.—Demasiado vulgar y con poca miga.

El sinapismo.—Digo lo mismo.

Sr. D. J. P.—De diez y ocho millones de españoles, diez y siete y medio hacen una cosa igual, en cuanto se pongan.

Sr. D. A. S.—Con harto dolor de mi corazón tienes que correr la suerte de las anteriores.

El ave canora.—Tengo para mí que las palabras *caminante* y *caminante*, que usted emplea como consonantes una de otra, lo son efectivamente, pero tanto que pasa de castaño oscuro.

Un poeta.—El asunto es de hace mil años, y extraordinariamente diluido además; y los versos... ¡ay! los versos son muy endebles.

Sr. D. R. L.—No está mal, pero también es viejísima la idea.

PEDID
CONSERVAS DE CARNES, AVES, PESCADOS
DE MAR Y RÍO
Y MARISCOS
Marca LA NOYESA

Galicia, Bordadores, 2.—*La Holandesa*, carrera de San Jerónimo, 7 y 9.—*La Francia*, León, 23, y principales ultramarinos.

TENEMOS A LA VISTA

con precios marcados

53 modelos de plumeros, desde 15 cts. á 20 ptas.

231 modelos de cepillos, desde 15 cts. á 10 ptas.

GRASES, Fuencarral, 8.

PERSIANAS DE CORTINA

Clase superior y precio ventajoso.

GRASES, Fuencarral, 8.

MECEDORAS, SOFÁS, SILLAS Y SILLONES

DE MADERA CURVADA

PRECIOS SIN COMPETENCIA

GRASES, Fuencarral, 8.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

Los corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

Los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Península, 4, primer derecha.

Teléfono núm. 2.150.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 612, Buenos Aires.